

LOS INTELLECTUALES JAPONESES DEL PERIODO AZUCHI-MOMOYAMA Y EL CRISTIANISMO

Los años que corren desde el llamado “descubrimiento del Japón” por los europeos hasta la muerte del Shogun Tokugawa Iemitsu, el hombre que consumó el aislamiento nacional, *Sakoku*, son de gran trascendencia histórica: en ellos se fragua la unidad política del país.

La primera parte de esa época, la representada por las figuras de Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, con sus figuras caballerescas y sus increíbles tragedias tiene aún un lugar privilegiado en la imaginación popular. Historiadores y novelistas vuelven sin cesar a ella en busca de inspiración.

Hay quien ha designado a esos años con el nombre de “El siglo cristiano en Japón”. Cuando el título significa solamente que en ese siglo el cristianismo penetra y alcanza su mayor apogeo en tierras japonesas, no hay nada que objetar. Mas las interpretaciones varían. Hay quienes desorbitan su contenido y tratan de interpretar toda la historia de la época a la luz del influjo cristiano. Hay por el contrario quienes consideran la expansión del cristianismo como un hecho muy secundario, como una moda extranjera que pasa sin dejar más que una huella superficial.

El tema, que comenzó a discutirse hace ya cien años, sigue siendo de actualidad. Dos razones principales le dan pervivencia: Una, que roza dos sentimientos de los que difícilmente puede prescindir el historiador: el sentimiento religioso y el sentimiento nacionalista. Otra, que la introducción del cristianismo en Japón hace cuatrocientos años, es un hecho que, con los aciertos y errores que acompañan a todas las gestas humanas, no puede desligarse de la presencia del cristianismo en el Japón actual.

Es difícil tocar el tema sin tomar una posición. No son pocos los escritores cristianos japoneses que al contemplar el lento avance del cristianismo en la actualidad se sienten perplejos y vuelven la mirada al período “*Kirishitan*”¹ en busca de una respuesta. Para

¹ La palabra *kirishitan* es el resultado de la transcripción en nuestra letra de la palabra japonesa derivada del portugués *christao*. Hoy día se usa como término técnico para designar a los fieles del período comprendido entre la llegada de Xavier, 1549, y el decreto de libertad religiosa, 1873. Algunos dan por terminado el período con la reapertura de Japón en 1854.

algunos esa respuesta parece ser desalentadora: el cristianismo, dicen, no llegó nunca a arraigar en Japón. ¿Por qué?

Es interesante seguir a lo largo de un siglo de literatura el proceso interpretativo. Las hipótesis se suceden en una cabalgata a veces tan ilógica como irresponsable. Ahí están la teoría del colonialismo, la teoría de las rivalidades comerciales, la teoría de las disensiones fratricidas entre los diversos grupos de misioneros, la teoría del antagonismo Oriente-Occidente, la teoría del anti-intelectualismo de los misioneros...

Esta última teoría es la que hoy quiere abrirse paso apoyándose en una serie de afirmaciones que, aunque gratuitas en gran parte, nos ayudan para abarcar el problema.

El Cristianismo, dicen, no arraigó en Japón porque los misioneros no consiguieron llegar a los intelectuales de la época.

Ese fracaso se debió a que aquellos misioneros, desconociendo los valores culturales del pueblo japonés, se contentaron con presentar una ideología religiosa, buena, a lo más, para engañar a niños.

Esa falta de nivel en la acción misionera, unida a la radical diferencia que separa a las culturas oriental y occidental, hizo que los pocos intelectuales que abrazaron el cristianismo se viesen sometidos a una dolorosa lucha interior y exterior.

Detrás de todas esas afirmaciones, implícita en la mente del escritor, está la sombra de la persecución. Aquella persecución sistemática, implacable, que primero segó las vidas de miles de cristianos y luego trató de ahogar la voz de los restantes tras los barrotes de las cárceles o en la sutil red de la legislación anticristiana.

Bien vistas las cosas, el hecho de la persecución debía sugerirles lo contrario: la persecución es, por parte del perseguidor, la confesión de una derrota en el orden intelectual: se declara vencido, no sólo ante la historia, sino ante sí mismo. Mas dejando esto aparte, examinemos el problema en concreto, a la luz de los datos históricos. El haberlo sacado de este campo para pasarlo al de la novela o al de la propaganda, es lo que lo ha hecho mucho más complicado.

EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS

En 1543, los portugueses llegan por primera vez a Tanegashima y entre otras cosas hacen a Japón el dudoso obsequio de las armas de fuego.

En 1549, San Francisco Xavier y sus compañeros el valenciano Cosme de Torres y el cordobés Juan Fernández desembarcan en Kagoshima y comienzan a balbucir en un japonés casi ininteligible

su mensaje religioso: Hay un solo Dios creador de todas las cosas; hay un Salvador que se llama Jesús.

Durante los sesenta años que hay entre esas dos arribadas y el fin de la época Momoyama, mercaderes y misioneros continuarán viniendo a Japón, intensificando su actividad, perfeccionando sus métodos. A lo largo de este período, en Japón central y occidental y, sobre todo, desde 1570, en el puerto de Nagasaki, se realiza el encuentro de dos culturas.

El hecho en sí, aun prescindiendo del aspecto religioso, es de gran trascendencia. Mas en Japón ese encuentro se realiza bajo el signo de la cruz². El motivo cristiano resalta fuertemente e influye en los primeros historiadores, en quienes las tendencias en pro o en contra aparecen claramente marcadas. Lo meramente cultural queda muy en segundo plano.

Hoy día por el contrario, se trata de cubrir lo que fue mensaje religioso con un cúmulo de erudiciones sobre política, economía, astronomía o medicina. En aquel encuentro, dicen, si hubo algún intercambio eficaz, ese fue puramente cultural.

Sin embargo, ambos aspectos, cultural y religioso, en el caso del siglo cristiano de Japón, están indisolublemente unidos. La razón es que los que importan la cultura occidental son en su mayor parte los misioneros, y éstos lo hacen con un fin apostólico.

El intercambio cultural de dos pueblos se realiza generalmente a un doble nivel: por ósmosis en el contacto de la vida diaria: trajes, alimentos, fiestas populares, etc. o por acción directa y pretendida de los intelectuales.

En Nagasaki, y por supuesto en el resto del Japón, dado el escaso número de portugueses y españoles residentes, el primer intercambio es relativamente reducido; en cambio la urgencia que el ideal apostólico ponía al trabajo de los misioneros y lo extendido de su radio de acción, hacen que la segunda forma de contacto adquiera un relieve especial.

La acción de los misioneros tomó una doble dirección simultánea: influjo en la masa del pueblo, esfuerzo intelectual por llegar a los dirigentes. Este es el punto donde situamos el tema de estas líneas: Los misioneros del siglo dieciséis y comienzos del diecisiete ¿consiguieron su intento? ¿Se llegó entre ellos y los intelectuales

² "Bajo el signo de la cruz" es algo más que una metáfora: en el siglo cristiano de Japón hubo una verdadera floración de cruces. Los portugueses las levantaban en sus puertos, los misioneros en sus iglesias, en los cementerios, en las colinas. Hay cruces en las armaduras y banderas de los *samurai* cristianos, y en las tazas de te, y en las guardas de las espadas. Del mismo Taikosama se dice que la usó como adorno antes de empezar la persecución.

japoneses a un auténtico intercambio cultural? ¿O más bien el abismo que, según algunos, separa a ambas mentalidades impidió todo verdadero contacto?

Y pues el problema es netamente histórico, podemos comenzar preguntándonos: ¿Quiénes fueron los representantes de las dos culturas, oriental y occidental, que convivieron en el brillante e inquieto paisaje del período Azuchi-Momoyama?

Cometeríamos un grave error si quisiéramos aplicar a la sociedad japonesa del siglo dieciséis las categorías actuales. La estructura feudal se mantenía en todo su vigor. No podemos buscar allí una "clase intelectual" *chishiki kaikyū* formada por graduados de universidad, por la sencilla razón de que esas universidades, con las que soñó Xavier, no existían.

Japón salía entonces del *sengoku jidai*, (era de las guerras civiles) y se encaminaba a la unidad nacional. Es un período que por su aspecto de crisis, por el énfasis en los valores humanos, por su inestabilidad, por su brillantez y colorido, tiene muchos puntos de contacto con el Renacimiento europeo. No es raro encontrar a esos hombres-síntesis de la cultura de su tiempo: estadista y soldado, poeta, arquitecto, músico, místico o descreído.

Los intelectuales se encuentran en uno de los cuatro grupos que dirigen los acontecimientos: Los nobles, nobleza cortesana *Kuge* o nobleza feudal, *Daimyo*; los caballeros, *samurai*; los bonzos; y finalmente el conjunto heterogeneo de los que cultivan las ciencias prácticas, médicos, arquitectos etc. Los hombres eminentes en las letras o en las ciencias no son muchos, pues en su mayoría, sin excluir a los bonzos, han tenido que practicar en su juventud mucho más con la espada que con la pluma.

Sólo cuando se estableció la sociedad en la era Tokugawa, volverá a cobrar auge el cultivo de las letras, y la cultura se irá haciendo también patrimonio del ciudadano ordinario.

Las figuras que llenan la época son los *daimyos* o grandes señores feudales. Entre ellos encontramos también a las principales figuras del mundo literario y a muchos de los estetas. Son los que han dispuesto de medios y de tiempo para proporcionarse la educación necesaria. Se presentan como figuras aisladas, aunque en algunas actividades, como el *Camino del Te*, aparezcan formando grupo.

Es interesante buscar en los dos diccionarios que nos dejaron los misioneros jesuitas (Japonés-Portugués, Latino-Japonés)³ los

³ *Dictionarium Latino-Lusitanum ac Iaponicum*, Amakusa 1595, Mons. Petitjean lo reeditó en 1870 en Roma, suprimiendo el vocabulario portugués. *Vocabulario da Lingoa de Japam*, Nagasaki 1604. El Profesor Doi Tadao sacó una edición fotostática en 1960.

nombres que designan al intelectual. No hay ninguno que los presente como clase; todos se refieren al sabio como individuo:

Chixa, xirumono = letrado; *chiyexa* = sabedor;

Cooxa = pessoa destra, exercitada ou experimentada

Gakuxa = letrado ou sabio

Saicacuxa = homem sabedor e industrioso...

Los manuales de literatura suelen ser parcos en nombres de escritores de este período. Cuatro nombres se repiten siempre: Hosokawa Yuusai (1534-1610) a quien suelen llamar el líder del mundo literario. Matsunaga Teitoku (1571-1653). Karasumaru Mitsuhiro (1579-1638). Kinoshita Chooshooshi (1570-1650). Si exceptuamos al primero, los otros en su madurez pertenecen ya al llamado período de Edo.

Junto a ellos están los pensadores de la escuela neo-confucianista, los que suministraron la ideología a la política de los Tokugawa: Fujiwara Seika (1561-1619) y su discípulo Hayashi Razan (1583-1657).

En una posición distinta pero también con gran influjo en las clases altas, están los estetas como Sen Rikkyu (1520-1591) y Furuta Oribe (1545-1615), los afamados *Maestros del Te*.

El grupo de los médicos merece atención especial. No es que la ciencia médica estuviese muy avanzada; mas los principales libros de medicina eran chinos; el estudio de su especialidad ponía a los médicos en contacto con los clásicos chinos, y su práctica les abría las puertas de todos los círculos. El médico era con frecuencia también un literato.

Veamos ahora, sumariamente, quiénes eran los hombres que llegaron a las costas japonesas, no sólo como propagadores del cristianismo, sino como representantes de la cultura occidental. Los nombres que van a aparecer en estas páginas, son todos de miembros de la Compañía de Jesús. La razón es sencilla: hasta la batalla de Sekigahara (1600) que marca no sólo el cambio de siglo sino también el paso del poder a la familia Tokugawa, con la excepción del breve paréntesis 1593-1597, los jesuitas son los únicos que actúan en Japón. El grupo de San Pedro Bautista y sus compañeros ofreció con su martirio la más bella lección de la más alta ciencia; pero por la orientación de su apostolado y por su escaso conocimiento del idioma, no habían podido realizar aún ningún trabajo especial con los intelectuales japoneses. Los demás religiosos entran en Japón ya comenzado el siglo diecisiete.

Teniendo ante los ojos el nivel cultural de la época, yo no dudo en colocar a la mayor parte de los misioneros en la categoría de intelectuales: no pocos de ellos dominaban dos o tres idiomas; jun-

to a sus estudios —a veces un tanto sumariamente realizados—⁴ de filosofía y teología, poseían un conocimiento más o menos amplio de la cultura greco-latina. Y podían sumar la experiencia de sus viajes.

Es cierto que entre ellos hubo hombres que mostraron ante los valores culturales del pueblo japonés un desconocimiento y una incomprensión que sólo encuentran igual en la que muestran ante el cristianismo algunos de sus críticos actuales. Pero aquí no pretendo considerar a los misioneros en bloque; quiero sólo destacar las figuras señeras, indicando al mismo tiempo las escuelas del pensamiento europeo que representan.

San Francisco Xavier trae a Japón auras de la Universidad de París, en la que se ha graduado y donde ha sido profesor. Su compañero y sucesor Cosme de Torres (1510-1570) estudió en Valencia, discípulo del Maestro Celeya (profesor de Vitoria en París) y del mercedario Fray Jerónimo Pérez. Su “tomismo” palpita todavía en las cartas donde narra sus disputas con los bonzos de Yamaguchi⁵.

Pedro Gómez (Antequera, 1535 — Nagasaki, 1600) es el metafísico de la misión japonesa. Estudia en Alcalá, enseña en Coimbra; los compendios de Filosofía y Teología que compuso para sus discípulos y que enseñó en el Colegio de Amakusa, le dan un puesto de honor en la historia del pensamiento japonés.

Alejandro Valignano era doctor *in utroque iure* por la Universidad de Padua; después de ingresar en la Compañía de Jesús estudió Filosofía en Roma, donde tuvo entre sus profesores al famoso Clavio. Otro discípulo de Clavio es el mártir Bto. Carlos Spinola (1564-1622), que fundó una Academia de Ciencias en Kyoto. Su último trabajo técnico fue el dibujo del plano de la cárcel donde pasó encerrado los últimos cuatro años de su vida.

Juan Bautista de Baeza (Ubeda, 1558 — Nagasaki, 1626) estudió Leyes y Cánones en Salamanca, y Francisco Calderón (Soria, 1546 — Manila, 1618) se había graduado en Alcalá. Profesor de Teología de Coimbra había sido el Obispo de Nagasaki, Mons. Luis Cerqueira (1552-1614). Y junto a ellos tenemos a Pedro Ramón, el traductor al japonés de Fray Luis de Granada, Pedro Morejón, Camilo Constanzo...

⁴ No exenta de optimismo es la descripción que el P. Giacomo A. Gianone hace de sus estudios de Teología en carta al P. Aquaviva: “Me ocupo en este colegio en estudiar Teología con otros siete compañeros, siendo éste el tercer año, o por mejor decir el cuarto, porque en Mozambique con otros tres compañeros estudié un año, otro en Goa, otro en Malaca y este en Macao. Todo sea a honra y gloria de Dios y bien de mi alma”. ARSI, Jap-Sin 35, f. 195.

⁵ Se encuentran los originales en Jap-Sin 4, 22-25 y 26-33. El P. G. Schurhammer las editó con un estudio en: *Die Disputationen des P. Cosme de Torres S. J.*, Tokyo 1929. La traducción japonesa ha sido editada en 1964.

No podemos omitir los nombres de dos misioneros que recibieron casi toda su formación en Oriente: Luis Frois († 1597), historiador, fino observador del arte y costumbres de Japón, y Joao Rodrigues (1559-1633), cuya monumental gramática japonesa todavía es objeto de estudio de especialistas.

Hombro a hombro con los misioneros extranjeros están los miembros japoneses de la Compañía de Jesús: Paulo Yohoken y Vicente Hoin, virtuosos del estilo literario; San Pablo Miki, orador y escritor; el Bto. Sebastián Kimura, el primer sacerdote japonés, profesor de latín; Martín Hara, polifacético, buen latinista, de amplia cultura y don de gentes; Pedro Kasui, formado en Roma, el primer japonés peregrino a Tierra Santa...

¿Será posible que esos hombres y otros muchos de su talla, fuesen incapaces de llevar un mensaje a la intelectualidad japonesa de su tiempo? ¿Y será posible también que las mejores inteligencias de Japón fuesen incapaces de captar la luz nueva que encerraba el mensaje de aquellos hombres?

Unos hombres con pasión por comunicar su mensaje se encuentran con otros dotados de gran curiosidad intelectual. ¿Hubo alguna barrera infranqueable que impidió la mutua comunicación? ¿O más bien la comunicación tuvo efecto y la barrera sólo existe en algunas mentalidades modernas?

La respuesta hay que buscarla en los datos que ofrece la historia.

DAIMYOS Y MISIONEROS

Entre los libros que estudian el llamado siglo cristiano del Japón, no son pocos los que quieren resumir su historia en el título "Daimyos Cristianos". Dan a entender con eso, que los *daimyos* que abrazaron el cristianismo pueden considerarse legítimos representantes de aquel movimiento religioso. Por el contrario hay autores que reaccionan casi violentamente contra ese título; según ellos, los *daimyos* cristianos fueron una ínfima minoría, y esos de importancia muy relativa.

El primer paso para la solución es sencillo: basta hacer una lista con los nombres de aquellos *daimyos* de cuyo bautismo nos consta por fuentes contemporáneas⁶.

Yo he llegado a hacer una lista de unos cincuenta nombres. Naturalmente no todos tienen la misma importancia. Pero son mu-

⁶ Esa lista apareció por primera vez en: *Les Daimyo Chrétiens*, de M. Steichen, Hong Kong 1904, y sus sucesivas ediciones. La mayor parte de los autores posteriores que tocan el tema se apoyan fuertemente en Steichen. J. Laures, en su documentada biografía de Takayama Ukon, *Takayama Ukon no Shogai*, Tokyo 1953, corrige algunos de los errores de Steichen y añade numerosos datos. No existe aún una edición de esa lista puesta al día.

chos; aun si de esa lista suprimimos los que después por diversas causas apostataron, todavía quedan más de treinta y cinco.

Junto a esa lista podemos colocar otras tres: Primero la de los *daimyos* que, sin llegar al bautismo, favorecieron abiertamente al cristianismo. En segundo lugar la de los *tonos* o señores de poblaciones pequeñas, sujetos a un *daimyo*, que ingresaron en la Iglesia. Esta lista es mucho mayor que la de los *daimyos* y entre esos *tonos* encontramos a muchos de los mejores cristianos de Japón⁷. Finalmente la lista de las "señoras cristianas" esposas e hijas de *daimyos*. Su influjo social fue grande y entre ellas florecieron espléndidos modelos de virtud⁸.

Con esas listas ante los ojos pensemos en la organización social de la época: un hecho salta a la vista: no se trata de listas de individuos, sino de familias, en el sentido más amplio: familiares, servidores, vasallos, fieles.

Es innegable el profundo influjo del cristianismo en esa clase social. La vulgar excusa de que esos *daimyos* abrazaron el cristianismo movidos por un simple interés de ganancia comercial, no merecería ser mencionada si no estuviese tan difundida. Para la mayoría de esos *daimyos*, el bautismo no fue la llave a un arca de riquezas sino el comienzo de un camino de adversidades. Los que sin mucho examinar repiten la especie de interés comercial de los *daimyos* como motivo de su bautismo, no caen quizás en la cuenta de que al hablar así arrojan una fea mancha de insinceridad y oportunismo sobre lo mejor de los caballeros japoneses. Y a eso, ciertamente, no tienen derecho.

⁷ Basta recordar a Jorge Yuki Yaheiji, Pablo Shiga, Juan Akashi Kamon, Antonio Koteda, etc.

⁸ Sobre Gracia Hosokawa se ha escrito mucho. Puede verse por ejemplo: *Two Japanese Christian Heroes*, por J. Laures, Tokyo 1959. Otras personalidades destacadas son: Justa de Arima, que mostró maravillosa entereza aun en los momentos en que vio ejecutado a su esposo, D. Protasio de Arima, y asesinados a sus hijos Francisco y Mateo; Julia Naito, hermana del *daimyo* Juan Naito, que de monja budista llegó a ser el apóstol le la nobleza femenina de Kyoto y finalmente murió desterrada en Manila; Catalina de Omura, Maria Kyogoku... Los fieles shintoístas que en la actualidad acuden a pagar sus respetos al templo de *Kuwa Hime* (La Princesa de las moreras), no saben que ese templo está dedicado a una joven cristiana, Maxencia Otomo, nieta de D. Francisco Otomo. Después de la ruina de su casa, Maxencia se retiró a Nagasaki, hizo voto de castidad y llevó una intensa vida de oración y trabajo. Se ganaba la vida hilando seda. Cuando murió a los 18 años, con fama de santa, un vasallo fiel a su familia comenzó a honrar su memoria en el sitio donde había estado su pequeño telar. Maxencia, la *Princesa de las Moreras*, es un caso curioso de una cristiana que entra en el panteón shintoísta. El elogio de su vida puede verse, escrito por los antiguos misioneros, en Fernan Guerreiro, *Relação Anual das coisas que fizeram os Padres da Companhia de Jesus nas suas Missoes...* II, 222.

Pero veamos algunos hechos concretos. La figura más brillante de la época es sin duda Oda Nobunaga (1534-1582). Con su arrogante personalidad de condottiero, el hombre que dio comienzo a la unificación política de Japón, no fue ciertamente cristiano y su mentalidad en muchos aspectos estaba muy lejos del cristianismo. Pero, fuese por razones políticas, fuese por curiosidad intelectual o por grandeza de corazón, mostró clara benevolencia a aquellos predicadores extranjeros que, derrochando valor, habían llegado hasta las puertas de su castillo. Y les dio uno de los mejores terrenos en Azuchi, la ciudad de sus sueños.

Oda Nobunaga no fue cristiano, pero el cristianismo penetró profundamente en su familia: Recibieron el bautismo su hijo Nobuo, una hija casada con Gamoo Ujisato, sus nietos Hidenobu y Hidenori, hijos del primogénito Nobutada, y por tanto herederos legítimos de todos sus dominios. Y, omitiendo a otros parientes menos conocidos, citaremos a su sobrina Hatsu, esposa del *daimyo* de Obama, hija de la bella y desdichada O-ichi, y por tanto hermana de Yodogimi, la favorita de Hideyoshi.

Ese *daimyo* de Obama era Kyogoku Takatsugu; su madre, Maria Kyogoku, pertenecía a la familia Asai; junto con su marido Kyogoku Takayoshi recibió el bautismo en Azuchi en 1580. Y después de quedar viuda, fue llevando al bautismo a sus hijos: Takatsugu; Takatomo, *daimyo* de Miyazu; Magdalena, esposa de Kutsuki Nobutsuna. Con deseos de ser cristiana, pero sin poder bautizarse, quedó otra hija, Matsunomaru, otra de las favoritas de Takosama.

Entre los *daimyos* cristianos hay varias de las más relevantes personalidades de la época. Las fuentes cristianas dan la primacía al *daimyo* de Bungo, Don Francisco Otomo Soorin.

Hasta que Shimazu de Kagoshima, le arrebató parte de sus dominios, Otomo había sido el más poderoso *daimyo* de Kyushu. Estadista, mecenas de las artes, buen conocedor del Zen budismo, Otomo Soorin causó profunda impresión en el P. Alejandro Valignano. Como al final de su vida vio desmembrarse sus dominios, cuya ruina total consume su hijo Yoshimune, no pocos historiadores dan hoy de lado a su figura. Sin embargo lo que más llamó la atención de los antiguos misioneros fue la firmeza de fe y el perfecto dominio que conservó en la adversidad. D. Francisco Otomo se había bautizado en 1578, veintiocho años después de haber conocido a Xavier: conversión perfectamente madurada.

A Oda Nobunaga y a Toyotomi Hideyoshi el P. Valignano acudió con presentes y embajadas para solicitar el favor que necesitaba. Ante Otomo Soorin, el doctor de Padua tiene que colocarse también como discípulo. De él recibe sabias advertencias sobre la ne-

cesidad y el modo de adaptarse a la vida japonesa: el influjo del *daimyo* de Bungo está patente en los escritos del Visitador.

Por otra parte el cristianismo había ganado no sólo el corazón (eso desde el comienzo) sino también la inteligencia de Otomo. Hay una anécdota sumamente interesante de los últimos años de su vida. Después de haberse retirado a la vida privada, tuvo que volver a intervenir en política ante la ineptitud que mostraba su heredero. Era el año 1578, el año de su bautismo. Otomo marcha con su ejército a la reconquista de la provincia de Hyuga. En su cabeza bulle un proyecto fantástico: Una vez conquistada esa región, se retirará a ella para formar allí una especie de reino cristiano inspirado en *La ciudad de Dios* de San Agustín; para eso ha procurado informarse sobre las leyes de los reinos cristianos y lleva en su acompañamiento a varios misioneros. La derrota de Mimikawa puso fin a esos proyectos.

Aunque hubiese conquistado a Hyuga, no era posible llegase a realizar su ideal. Sin embargo el esfuerzo por realizarlo hubiera sido una experiencia magnífica. Otomo Soorin no llegó a escribir su *Utopía*, pero intentó darle vida. Y una vez más la espada cortó el camino al intelectual.

El poderoso *daimyo* de Ise y Aizu, León Gamoo Ujisato (1557-1596) es otra figura conocida. Sirve a Oda Nobunaga y a Toyotomi Hideyoshi. Triunfa en el campo de las letras como poeta, en el de las armas como soldado y como general, y en el de la política, llegando a ser uno de los *daimyos* más ricos de su época. Por eso a su muerte corre el rumor de que ha sido envenenado por orden de Hideyoshi. Es bien conocida su poesía de despedida, en la que increpa a la cruel brisa de primavera, que acelera la caída de la flor, cuya vida es de por sí tan breve. No tan conocido es el hecho de que en su última enfermedad tiene a su cabecera a su amigo Justo Takayama Ukon que le ayuda a morir como buen cristiano. Gamoo Ujisato había recibido el bautismo en 1584; también se bautizó su esposa, hija de Oda Nobunaga.

Vida más larga y pintoresca, que ha hecho de él un héroe de novela y del cine, tiene otro héroe japonés del siglo 16, Simeón Kuroda Kambei (1546-1604). Es figura típica del Momoyama. Intimo amigo de Toyotomi Hideyoshi, con quien en sus tiempos de soldado había hecho un pacto de amistad sellado con sangre, nunca se vio recompensado como debía, tal vez porque sus éxitos en todo lo que emprendía despertaron celos y envidia. Bautizado en 1584 gracias al influjo de sus amigos Gamoo Ujisato y Takayama Ukon, se convirtió en un celoso apóstol que llevó al cristianismo a no pocos de sus compañeros de armas, entre ellos el mártir de Hagi, Melchor Kumagai. Tuvo momentos de debilidad, pero guiado por

la mano firme de Valignano supo salvar la crisis y fue hasta su muerte fiel protector de la cristiandad japonesa. Su hermano Miguel Kuroda Naoyuki, *daimyo* de Akitsuki, es de las más nobles figuras de la iglesia de Japón.

Justo Takayama Ukon (1553-1615) no tuvo tal vez una posición tan importante como los *daimyos* antes mencionados, pero los aventaja a todos por la integridad de su vida, por su fecundo apostolado y por su generoso sacrificio de cuanto poseía: desterrado por su fe, muere en Manila con la aureola de mártir. Uno de los siete discípulos predilectos de Sen Rikkyu, Takayama Ukon figura también entre los estetas del Momoyama.

Con ellos no hemos agotado la lista: Omura Sumitada, Arima Harunobu, Konishi Yukinaga, Moori Hidekane... Desde el norteño Tsugaru hasta las transparentes bahías de Gotoo, los nombres de esos *daimyos* cristianos forman una brillante constelación. Al nombrarlos no pretendo engarzar una letanía triunfal; sólo quiero afirmar un hecho: el cristianismo sí había penetrado profundamente en el grupo de los *daimyos*, en sus familias, entre sus más inmediatos servidores.

Hay historiadores que afirman que una de las razones que movieron a Hideyoshi a dar su primer decreto anticristiano, fue el haberse dado cuenta de esa penetración. Creo que esos historiadores no están lejos de la verdad⁹.

LITERATOS MÉDICOS Y ARTISTAS

El paso del campo de la política al de las letras resulta fácil: como ya hemos indicado, los principales escritores del Momoyama se encuentran en los castillos de los *daimyos*. De los cuatro mencionados más arriba, Kinoshita Chooshooshi no es otro que el desterrado *daimyo* poeta de Obama, Kinoshita Katsutoshi, cuñado de Hideyoshi. Es interesante que su bautismo tiene lugar en 1588, un año después del primer decreto de destierro de los misioneros. Despojado de sus dominios en 1600, se retira a la vida privada. En esta época (1606) recibe el bautismo su esposa.

Aunque no tan directamente, también Hosokawa Yuusai experimentó el influjo del cristianismo. En política es más conocido con el nombre de Hosokawa Fujitaka, y su acción se desarrolló principalmente en vida de Oda Nobunaga. Un trágico acontecimiento, la muerte de Nobunaga, cambió el rumbo de su vida: La esposa de su primo

⁹ La misma corte de Taikosama estaba infiltrada por el cristianismo. Cristianos eran su Tesorero, Joaquín Ryusa, padre del almirante Agustín Konishi, su secretario Simón Ai, la secretaria y ama de llaves de su esposa, Magdalena Kyakushin, etc.

génito, Tadaoki, era Mamako Akechi, hija de Akechi Mitsuhide, el traidor que asesinó a Nobunaga. Aunque perdonada, Tamako vivió desde entonces recluida en su casa. Hasta allí, tal vez por las conversaciones de Takayama Ukon, amigo de la familia, llegó el mensaje del Evangelio, y Tamako se bautizó secretamente, recibiendo el nombre con que ha pasado a la historia: Gracia Hosokawa.

Su virtuosa vida impresionó profundamente al hijo segundo de Fujitaka, el *daimyo* de Yatabe, Hosokawa Okimoto, que recibió el bautismo en 1594. Gracia hizo bautizar a uno de sus hijos y a sus tres hijas. Después de su heroica muerte, su recuerdo hizo que durante muchos años su marido, sus hijos y aun la esposa de Fujitaka fuesen amigos y protectores de los misioneros, en especial del madrileño Gregorio de Céspedes.

Pero el influjo del cristianismo en el mundo literario no hay que buscarlo únicamente por el contacto que tuvo con éste o aquél escritor. Del campo cristiano partió un vigoroso movimiento literario, que no pudo desarrollarse plenamente por la violencia de la persecución. Tres elementos integran ese movimiento: un grupo escogido de jesuitas japoneses, la traducción de obras europeas, la introducción de la imprenta de tipos móviles.

Aunque esos escritores trabajan muchas veces de forma anónima y otras en equipo, de suerte que no siempre es fácil atribuir la paternidad de la obra, conocemos los nombres de casi todos ellos. En primer lugar están Paulo Yohoken y su hijo Vicente Hoin, que ingresan en la Compañía de Jesús con un amplio bagaje cultural y actúan como formadores del siguiente grupo de jóvenes jesuitas: Martín Hara, Fabian Fukan, Pablo Miki, Cosme Takai, etc.

Sus obras no manifiestan un pensamiento original, pero como estilistas están a la altura de los mejores de su época. Tienen además valor especial como introductores de un pensamiento nuevo en Japón. Prescindiendo de los diálogos etc. compuestos como textos para el estudio del idioma, de valor puramente literario, indicaremos algunas de sus principales traducciones:

Actas de los Santos

Granada: *Introducción al Símbolo de la Fe*

Granada: *Guía de Pecadores*

Imitación de Cristo, Evangelios de los Domingos, Meditaciones...¹⁰.

¹⁰ Un buen estudio de todos los libros editados por los misioneros, puede verse en Johannes Laures S. J., *Kirishitan Bunko*, Sophia University, Tokyo 1957. La llamada "Literatura Kirishitan", forma hoy un campo especial dentro de la literatura japonesa, y cuenta con especialistas como Tadao Doi, Antonio Hiragi Genichi, Morita Takeshi etc.

En ese grupo de escritores hay una figura tristemente célebre: el apóstata Fabián Fukan. En la literatura cristiana es conocido por su diálogo apologético, *Myotei Mondo*; en la anti-cristiana por el librito *Ha Deus* (contra /la secta de/ Deus). La apostasía de Fabián y su libro sirven a algunos de base para enjuiciar la formación y el trato dados a los miembros japoneses de la Compañía de Jesús. Olvidan esos críticos que compañeros de estudio de Fabián fueron entre otros el Bto. Kimura y S. Pablo Miki; Fabián comenzó, como ellos, estudiando latín y preparándose para el sacerdocio. ¿Por que se quedó a medio camino? Les circunstancias de su apostasía¹¹ y el carácter que revelan sus escritos pueden dar la clave.

No deja de ser interesante anotar que fue Fabián, ya en vísperas de su apostasía, quien en 1609 se enfrentó en una disputa pública con Hayashi Razan. Esa disputa confirmó al neo-confucianista en su posición anticristiana.

La imprenta, introducida por el P. Valignano, facilitó a los misioneros la divulgación de las obras de esos escritores japoneses. Al poner en manos del pueblo esas obras de alto nivel espiritual y literario, la iglesia japonesa se adelantaba al movimiento cultural de su época. Es este un punto que no conviene olvidar al estudiar la vida de la sociedad de Nagasaki durante el período cristiano de su historia.

De los escritores antes citados, Paulo Yohoken y Vicente Hoin pertenecen además al grupo de los literatos-médicos. Ambos experimentaron el influjo del hermano Luis de Almeida, el introductor de la cirugía en Japón, que había recibido su diploma de cirujano en la Universidad de Lisboa, fundó en Funai (Oita) un hospital y formó a un grupo de discípulos. En esa ciudad de Oita se construye en la actualidad un gran hospital que llevará su nombre¹².

Más resonancia que el trabajo de Almeida tuvo entre los médicos de Kyoto la conversión del famoso Manase Dosan (1506-1594). Este se hallaba en la cumbre de su fama y en el declinar de su vida. Luis Frois ha descrito la historia de esa conversión en una carta que parece sacada de las páginas del *De Senectute*¹³.

“Entre todos los médicos que se hallan en los sesenta y seis reinos de Japón, hay tres que en Miyako tienen la primacía, y de estos tres ocupa el primer lugar uno llamado Dosan, el cual,

¹¹ Aunque se ha teorizado bastante acerca de la apostasía de Fabian, las causas conocidas son bastante prosaicas. Pueden verse en carta de Matheus de Couros al P. General, Jap Sin 37, f. 181.

¹² También en Amakusa donde trabajó y murió, se le ha dedicado un monumento. Sobre Almeida y su bibliografía, Diego Pacheco S. J., *Luis de Almeida, Hikari wo tomosu Ishi*, Nagasaki 1964.

¹³ “*Cartas que os Padres e Irmaos da Companhia de Jesus escreverao dos Reynos de Japao & China*”, Evora 1598, II, 157-159, Nagasaki 27 agosto, 1585.

además de ser insigne en su arte de medicina, tiene otras cualidades por las que es sumamente estimado de los reyes y príncipes de Japón. De esas cualidades dos especialmente lo hacen famoso: la primera es ser el mejor letrado que hay ahora en Japón, muy versado en los caracteres de China y en el conocimiento de las sectas (budistas). La segunda es ser muy elocuente, y como siempre habla por parábolas y sentencias, los señores huelgan mucho de oírlo y de conversar con él. Tuvo en Miyako ochocientos discípulos, unos que aprendían de él la medicina, otros las letras y otros la retórica”.

“Tiene más de setenta años de edad, es hombre de buena complexión y sano, naturalmente muy prudente y bien ordenado en su vida y costumbres, sencillo y afable en la conversación”.

Un misionero de Kyushu, ya anciano y enfermo, el P. Melchor de Figueiredo, fue a Kyoto para ver si el renombrado Manase Dosan le devolvía la salud. Como médico, Dosan fracasó: la enfermedad de Figueiredo, cálculo en el riñón, era casi desconocida en Japón, en parte, según Frois, por las virtudes diuréticas del té. Pero en el curso de las consultas los dos ancianos intimaron. Un día, mientras hablaban de la vida de los misioneros, Dosan hizo esta confesión:

“Yo también hace dieciséis años que para la salud del cuerpo vivo en castidad, aunque soy casado”.

Figueiredo aprovechó la ocasión para entrar más directamente en materia religiosa, y como había oído que Dosan seguía el Zen, comenzó a tratar de su doctrina. Dosan le interrumpió:

“He estudiado las sectas de Japón y nunca me sujeté a ninguna de ellas, ni siquiera al Zen, porque no acababan de satisfacerme; mas yo también tengo mis consideraciones con las que paso”.

Figueiredo insinuó que todavía le falta por conocer el cristianismo, y como batiéndose en retirada, el médico responde:

“Para qué meterse ahora Dosan ya con tanta edad en nuevas consideraciones?”.

Comenta Frois: “Estaba el Padre sintiendo en Dosan que Dios N. S. tenía esta hora guardada para él, pues con cada nueva razón se movía cada vez con mayor fuerza y alegría. Por fin, después de varias réplicas Dosan se rinde:

“Si es así como decís, quisiera oír todas vuestras explicaciones; y vos holgad de gastar vuestro tiempo conmigo, pues me

parece que no os he de dar mucho trabajo, pues naturalmente comprendo fácilmente las cosas, retengo bien lo que aprendo y si lo entiendo bien estaré en eso firme como vos y fuerte como una roca”.

Dada la importancia de esa conversión, la iglesia de Kyoto movilizó lo mejor de sus fuerzas: Los hermanos Vicente Hoin y Cosme Takei y el P. Organtino alternan en las explicaciones; Dosan discute con Figueiredo lo que ha oído y luego lo resume por escrito.

Por fin se decidió a bautizarse y escogió el nombre de su amigo y maestro, Melchor. Su conversión tuvo gran resonancia. El mismo Emperador le hizo llegar una nota en la que manifestaba su extrañeza de que un hombre tan culto hubiese abrazado una religión extranjera que llamaba demonios a los *kami* y *hotoke*, las divinidades tutelares del país.

Dosan respondió con fina diplomacia: él era un cristiano nuevo y no había oído aún tal cosa, pero suponía que los Padres no llamarían demonios a quienes sabían habían sido sólo hombres. Luego aconsejó a los misioneros moderación al hablar de las otras religiones. Y las notas que había redactado en su elegante estilo, se divulgaron entre los cristianos de Kyoto que aseguraban no haber visto nunca una exposición tan bella de las verdades de la fe.

También en las encrucijadas de los caminos del arte hallamos huellas del influjo cristiano, aunque no sean tantas como algunos pretenden descubrir hoy. La mayor parte de esas huellas desaparecieron. Pero es indudable que en los años en que se gozó de libertad, el contacto con artesanos y maestros debió ser grande. Los conocidos *Nanban Byobu* de la escuela Kano, además de inmortalizar las narices de los misioneros extranjeros, muestran que el artista conocía muchos detalles de las manifestaciones religiosas del cristianismo.

Aquí, como en el campo literario, los misioneros tomaron la posición de organizar su movimiento artístico, importando técnicas y modelos: la pintura al óleo, la perspectiva en la composición, pinturas sobre cristal, grabados en cobre. Diversos instrumentos musicales de cuerda, órganos, canto gregoriano...¹⁴.

Finalmente tenemos que hacer mención de la Ceremonia del Té. Es indiscutible la participación e influjo de *daimyos* y nobles cris-

¹⁴ Frois, en sus “*Apparatos para a Historia Ecclesiastica do Bispado de Japam*”, Ms. Biblioteca de Ajuda, 49-IV-57, cap. 39, al narrar la visita que Valignano hizo a Taikosama con los cuatro jóvenes que habían vuelto de Europa, hace una enumeración de los diversos instrumentos musicales que presentaron ante Hideyoshi: “començarao a tanger, descantando con cravo, e arpa, laude, e nabequinha...”, “Quiz mais que tangessem con as violas de arco e o realejo, e tudo vio con muita curiosidade”.

tianos en ella. La casa del té, *chashitsu*, fue para Takayama Ukon lugar de oración y campo de apostolado. Los misioneros jesuitas supieron apreciar el valor social implicado en el simple y sabio ofrecimiento de una taza de té y lo incorporaron a su vida. Y esto no sólo en el complicado ritual de la ceremonia, tal como la practicaban los conocedores, sino en la sencilla reunión de un grupo de cristianos al terminar la celebración de la misa¹⁵.

BONZOS Y MISIONEROS

En las relaciones entre los representantes del budismo y del cristianismo, más que de influjo hay que hablar de contactos, y esos por lo general dejaron de ser amistosos. Hubo esfuerzos aislados por llegar a una mayor comprensión; pero las circunstancias de la época no permitían otra cosa.

Xavier comenzó también abriendo aquí camino, aunque de una forma todavía muy imperfecta. En Kagoshima existe aún la tumba de su amigo el viejo bonzo Ninxit; y su deseo de poder llegar a las famosas "universidades" budistas es de sobra conocido.

En Yamaguchi, tanto en tiempos de Xavier como en los de su sucesor Torres, el contacto se concretó en discusiones filosófico-teológicas. El bautismo de dos bonzos llegados de Kyoto dio ocasión al P. Torres para intentar por segunda vez la entrada en los monasterios del monte Hiei. El hermano Lorenzo, con Bernabé, uno de los bonzos convertidos, llegó a entrevistarse con dos de los personajes más importantes de la secta Tendai; Shinkai y Dainzenboo, pero no alcanzó el deseado permiso. Lo mismo fracasó un tercer intento llevado a cabo por Lorenzo y el P. Vilela.

El P. Frois durante su estancia en Kyoto estudió la doctrina de la secta Nichiren bajo la dirección de uno de sus bonzos. También de Camilo Costanzo sabemos que hizo estudios sobre el budismo; pero como indicaba antes, estos son esfuerzos aislados.

Lo más cercano a un acercamiento sistemático es el programa que hallamos en la formación de los jóvenes jesuitas. El estudio de las sectas budistas era materia obligada; los profesores eran por lo general bonzos convertidos, aunque algunos de los hermanos estudiaron en los mismos centros del budismo, como el hermano Vicente Hoin en Nara.

¹⁵ En casi todas las casas de los jesuitas había un *dogico* o un hermano deputado para ese oficio. En su gira por tierras de Takatsuki hacia 1595, fray Marcelo de Ribadeneira mostró su extrañeza de que el P. Organtino permitiese a los cristianos tomar el té en el mismo lugar que un rato antes había servido para celebrar la Misa.

Mas el fin de esos estudios era puramente apologético. Tomando como punto de partida el deseo de salvación que encontraban en los corazones japoneses, los misioneros comenzaban su precatéquisis demostrando que esa salvación no se obtenía por ninguna de las sectas budistas, para pasar luego a exponer la salvación por el único Salvador, Jesús.

Con esta orientación fundamental, es natural que el contacto no pasase de la polémica, con la excepción de los que daban el paso de la conversión. A los comienzos sobre todo, no era problema de convivencia sino de existencia. Sólo ya entrando en la época Tokugawa se comenzó a buscar una solución pacífica; pero ya era tarde.

FORMANDO A LOS DIRIGENTES

Si resumimos lo expuesto hasta ahora, creo se puede afirmar sin temor que el cristianismo penetró, y mucho, en los grupos de los dirigentes y eso no de forma esporádica. Unas veces llegando a la conversión, otras por medio de relaciones amistosas, otras colocados en el plano de rivales, los misioneros habían situado a la iglesia entre los intelectuales japoneses.

¿Por qué hay, entonces, quienes afirman hoy que aquel esfuerzo fue casi nulo, terminó en fracaso?

Daremos la respuesta, que es otro apriorismo, con las palabras de un autor moderno: "Los misioneros portugueses y españoles se contentaron con traer a Japón la educación religiosa que en su país se daba a los niños". "A los religiosos japoneses se les dio una educación elemental, y no se les enseñó nada de Aristóteles, Agustín o Tomás de Aquino"¹⁶.

El autor que escribe así, no parece haberse molestado en asomarse a la literatura cristiana japonesa de los siglos dieciséis y diecisiete. Sus fuentes de información son el apóstata Fabián, las fantasías de las novelas anticristianas de la época Tokugawa, y, cómo no, la figura del P. Francisco Cabral. A no ser que base su teoría en un equívoco sobre uno de los puntos cardinales del sistema de adaptación religiosa del P. Valignano: La iglesia japonesa, como iglesia nueva, ha de formarse siguiendo la táctica que los Apóstoles usaron en la iglesia primitiva.

Es evidente que el futuro de la cristiandad japonesa dependía en gran parte de la formación que se diese a los que habían de ser sus cabezas. Y el plan de estudios dependía a su vez del con-

¹⁶ *Kirishitan Jidai no Chishikijūn*, por Miura Shumon, Tokyo, 1967, p. 111. El libro no es de gran valor científico; no pasa de ser un intento de ensayo histórico por un novelista; pero por estar asociado como autor el conocido escritor Endoo Shusaku ha tenido bastante difusión.

cepto que los misioneros tuviesen de las cualidades naturales y del nivel cultural del pueblo japonés. Los grandes elogios que Xavier tributó a ese pueblo ¿hallaron eco en el corazón de sus sucesores?

Los que con un mínimo de investigación quieren acusar de anticientífica a la iglesia, se contentan con repetir un nombre: Galileo. Y los que acusan a los misioneros del siglo 16 de incompreensión frente al mundo japonés, han encontrado otro nombre: Francisco Cabral.

Vale la pena detenerse unos momentos a examinar ese "caso Galileo" de la iglesia japonesa, no para defender los errores cometidos por Cabral en los años de su gobierno, sino para puntualizar algunos detalles. Y el primero es éste: la mayor parte de las acusaciones contra Cabral proceden de la pluma de Valignano durante la contienda entre estos dos hombres. En el tema de la adaptación, la posición Cabral estaba fundamentalmente errada; la de Valignano, fundamentalmente, era correcta. Pero eso no basta a justificar todas las exageraciones dichas sobre Cabral. El mismo Valignano, alicionado por la experiencia, hubo de volver más de una vez sobre sus pasos y acercarse a la posición Cabral.

La equivocada actitud de éste nace de su incapacidad para comprender al pueblo japonés. No supo valorizar sus cualidades; no creyó, por tanto, a los japoneses aptos para la vida religiosa o el sacerdocio y no se preocupó por abrirles el camino. Cabral, hombre lleno de celo, austero, con grandes dotes humanas, triunfó como operario apostólico, fracasó como superior.

Había ingresado en la Compañía de Jesús en la India, y llegó al Japón con el título de Superior. Fue un hecho, que aquellos jesuitas que habían recibido toda su formación en la India o habían trabajado largos años en ella, tenían una visión más estrecha y una mayor dificultad en adaptarse que los que llegaban directamente de Europa.

Pero creo que en Cabral hay además un problema personal: Cabral actúa con marcadas notas de pesimismo. Del mismo modo que descalifica a los japoneses como candidatos al sacerdocio, juzga a sus compañeros incapaces de aprender la lengua japonesa y los aparta de su estudio.

Si ese pesimismo era motivo por enfermedad, o por carácter, o por alguna amarga experiencia, es cosa que puede estudiarse. Pero el resultado es el mismo: Cabral, que en 1570 había rcogido de manos del P. Cosme de Torres la iglesia japonesa cuando se acercaba el tiempo de la siega, y que había dado gran impulso al movimiento de conversiones, cerraba ahora el camino a un ulterior desarrollo.

Este es el hecho, de importancia vital, con que se encuentra Valignano al desembarcar por vez primera en Japón en 1579. Al principio buscó solución sin prescindir de Cabral, a quien estimaba por sus otras cualidades. Cuando se convenció de que era imposible cambiar aquella mentalidad, decidió "permitirle" la vuelta a Goa. Una vez desaparecido el obstáculo, Valignano pudo proceder a montar el andamiaje de su organización.

Cabral había cometido un error; cometen otro los que lo consideran como representativo de la mentalidad de los misioneros. Cabral es sólo un episodio de esa historia; antes de él están los veinte años de Cosme de Torres con su clara y prudente política de adaptación; detrás de él aparece la luminosa visión de Valignano, llevada a la práctica con más o menos acierto por la optimista inexperiencia de Coelho, por la sincera bondad de Pedro Gómez o por la arrogante seguridad de Valentín Carvalho. Hay muchos aciertos y muchos errores en esa historia; pero desde Bernardo de Kagoshima, enviado a Roma por Xavier (1551) hasta Pedro Kasui, que vuelve de Roma para ser el último sacerdote japonés mártir (1639), hay un esfuerzo continuado por dar a la iglesia japonesa lo mejor del cristianismo.

Veamos algunos datos interesantes: Sea el primero la biblioteca de la misión japonesa reunida en Funai sólo cuatro años después de la muerte de Xavier¹⁷. El catálogo de sus libros es realmente representativo: Además de Sto. Tomás, Platón y Aristóteles, hallamos a Lovaina representada por Titelman, a París con Gagne, a Salamanca y Coimbra con el Dr. Navarro. También se encuentran diversas escuelas místicas con Kempis, Borja, el Cartusiano y Marco Marulo. Hay Biblias y libros de canto llano; la Gramática de Nebrija y la cosmografía de Tolomeo. Con los nuevos grupos de misioneros vendrán más libros. Hay cartas pidiendo las obras de Suárez.

Las obras de Fray Luis de Granada, en excelente traducción, fueron muy populares. Aun antes de la introducción de la imprenta estaban en manos de los japoneses, como consta por la siguiente anécdota que narra Frois en su relación del viaje de los jóvenes legados que llegaron a Lisboa en 1584.

"Vueltos a Lisboa fueron a ver otros monasterios, donde los recibieron y festejaron muy bien, especialmente en Sto. Domingo por parte del Prior y de Fray Luis de Granada, a quien ellos por la fama de su virtud deseaban mucho ver, al cual le

¹⁷ Un buen estudio sobre esa biblioteca es el artículo de Jesús López Gay S. J., *La primera biblioteca de los jesuitas en Japon, Monumenta Nipponica*, vol. XV, p. 142 ss, Tokyo, Sophia University, 1960.

mostraron sus libros traducidos en lengua y letra de Japón, con lo que el santo viejo quedó muy contento”¹⁸.

Biblioteca, traducciones, imprenta... todo encaja en un plan que tiene como meta principal la formación del clero japonés. Al principio se trataba sólo de los candidatos a la Compañía de Jesús; luego, con la llegada de Mons. Cerqueira, tendremos también un incipiente clero diocesano. Para los jesuitas, el P. Pedro Gómez, y para sus seminaristas el mismo Obispo Cerqueira, ambos antiguos profesores de Coimbra, explicarán los tratados de filosofía y teología.

De los compendios preparados por Pedro Gómez han llegado hasta nosotros textos manuscritos. Ignoramos si Mons. Cerqueira usó esos compendios o redactó también él sus notas; pero el libro de Gómez estaba al alcance de todos y basta verlo para convencerse de que Santo Tomás estaba bien presente en la formación del clero japonés.

Antes de recibir el sacerdocio, la mayor parte de estos estudiantes iba a Macao, donde las facilidades para el estudio eran mucho mayores. Alguno llegó a formarse en Roma. Y entre los estudios de filosofía y los de teología todos debían emplear algunos años al lado de un misionero experimentado a quien ayudaban con su japonés y de quien recibían una formación espiritual e intelectual que suplía lo que faltaba en estudio sistemático.

El resultado de todos esos esfuerzos no hay que buscarlo sólo en un Fabián Fukan, a quien sus superiores consideraron improprio para el sacerdocio, sino en todos aquellos que llegaron a la meta y trabajaron en el campo de apostolado: Sebastián Kimura, Julián Nakaura, Antonio Ishida, Diego Yuki y otros muchos responden con sus vidas.

EL DRAMA DE LOS INTELLECTUALES

Siempre tratando de dar relieve a la oposición Oriente-Occidente, se insiste en el doloroso drama que el cristianismo ocasionó a los intelectuales japoneses. Sin embargo sólo una mentalidad excesivamente insular puede considerar ese problema como típico del Japón o como inherente al cristianismo.

El hecho se da con la introducción de toda mentalidad nueva; afecta a todo el que se sitúa en la avanzada. Lo peculiar de la escena japonesa es que la persecución sistemática contra el cristianismo obligó a casi todos a tomar posiciones definidas.

¹⁸ *La première Ambassade du Japon en Europe*, edit. por J. A. Pinto, Y. Okamoto, H. Bernard. Tokyo, Sophia University, 1942.

Que al plantearse la decisión de abrazar o rechazar el cristianismo se dé una lucha en el corazón del intelectual, es obvio, y la intensidad de la lucha dependerá no sólo de la sinceridad con que se afronte, sino de las circunstancias que afecten en ese momento la vida del protagonista.

En la historia de la iglesia japonesa hallamos toda clase de conversiones: desde la casi instantánea, jubilosa, que sigue a una especie de revelación interior, como la de Dario Takayama, hasta la que se desarrolla lenta, gradualmente, como la de Menase Dosan, o en medio de luchas, con caídas y recaídas, como la de Otomo Yoshimune.

Pero la prueba dolorosa a que se refieren los autores antes citados, es la que sigue a la conversión: el convertido se ve víctima de abierta oposición o de guerra fría, está aislado, se le cierran los caminos a posiciones mejores, se lo acusa de desleal a su patria. Cuando esa hostilidad ambiental llega a términos violentos y plasma en el dilema apostasía o martirio, la solución es tal vez más fácil. Mucho más difícil de sobrellevar es la lima sorda que va gastando las fuerzas, que da tiempo a que surjan, como peligrosos aliados, nuevas luchas interiores. Típica y aleccionadora es en este aspecto la vida de Justo Takayama Ukon.

En 1578 se le intima la apostasía o la renuncia a su posición y bienes. Ukon, sin vacilar, escoge el camino de la fidelidad, y en un momento se ve convertido de poderoso *daimyo* en soldado errante. Luego lo ponen bajo la vigilancia de otro *daimyo* y así continúa hasta 1614. Ahora un nuevo dilema: apostasía o destierro. Como los 27 años transcurridos no han hecho sino fortalecer su fe, Takayama Ukon muere en Manila.

Querer ver en esa historia una oposición irreductible entre cristianismo y corazón japonés es un caso curioso de daltonismo intelectual, porque Takayama Ukon muestra precisamente todo lo contrario, un corazón donde se han armonizado perfectamente los japonés y lo cristiano: es un auténtico *samurai* que ha aceptado con amor y con fe el misterio de la cruz.

La presencia del cristianismo ocasionó otro género de tragedia muy distinto del anterior: el caso del intelectual que contra su voluntad se ve obligado a actuar como perseguidor. Se cita como ejemplo al organizador y cabeza de la inquisición anticristiana, Inoue Chikugo no Kami, que desde 1640 a 1658 desempeñó su cargo con extraña perfección. Si Inoue, que según algunos era un apóstata, mantuvo a lo largo de esos años una lucha con su conciencia, es difícil probarlo; no dio muestras de ello. Pero hay otros casos en los que la lucha es evidente.

Uno de los más típicos es el del Hasegawa Gonroku, Gobernador, *bugyo*, de Nagasaki de 1615 a 1625. Fueron muchos los cristianos y misioneros sacrificados en esos años. En algunas de las relaciones de los martirios se aplica a Hasegawa los epítetos de cruel, sanguinario, etc. Y sin embargo no había nada de eso.

Un análisis de las fuentes más fidedignas, nos muestra a Hasegawa como a un hombre que no quería la persecución, que evitó cuanto pudo el derramamiento de sangre, que más de una vez avisó a los misioneros para no verse en la necesidad de prenderlos. En los diálogos con los cautivos no muestra odio alguno y evitó asistir a su suplicio¹⁹.

¿Por qué perseguía? La principal razón es el temor a perder su posición, su hacienda, quizás su vida. Esa razón se cubre con otra admitida más o menos conscientemente: él no hace sino cumplir órdenes. La ruedecilla en la máquina del Estado.

Escribiendo sobre el *Tono* de Arima, Matsukura Shigemasa, decía el mártir Giacomo A. Giannone:

“La persecución no ablanda, por causa del radical odio que este Señor de la *Tenka* [el Shogun Iemitsu] con sus gobernador tiene a nuestra santa Ley; y aunque hay muchos *Tonos* que desean favorecernos, sin embargo como tienen tan gran miedo a la *Tenka* [gobierno central] ninguno se atreve; antes al contrario para ganarse el favor de la *Tenka* y prestarle un gran servicio persiguen a los pobres cristianos...”. “Este nuestro *Tono* de estas tierras de Arima, aunque es gentil, no tiene aversión a nuestra santa Ley, y sólo por causa de la *Tenka* hace de vez en cuando alguna demostración...”²⁰.

Terazawa Hanzaburo, el encargado de la ejecución de los veintiséis Santos Mártires de Japón, llora cuando ve entre los reos a su amigo Pablo Miki. Y que la amistad no era fingida lo prueban las muestras de agradecimiento que le manifestaron los jesuítas de Nagasaki, al día siguiente del martirio.

El hecho está ahí: esos hombres que en muchos casos eran amigos personales de las víctimas, experimentan una intensa lucha interior: La voz del corazón, la voz del superior, la voz de la conciencia. En esos momentos el cristiano tenía ciertamente una clara ventaja: Terazawa llora al dar la señal de ejecución; Pablo Miki muere cantando y perdonando.

Quizá ayude a penetrar mejor el problema el recordar que en el Japón feudal, donde la justicia se ejercitaba con frecuencia de forma sumaria e inapelable, la disyuntiva entre la voz del corazón

¹⁹ Diego Pacheco S. J., *El Proceso del Bto. Pedro de Zuñiga en Hirado*, Boletín de la Asociación Española de Orientalistas, III, p. 23 ss.

²⁰ Jap-Sin 37, f. 260, 20 febrero 1623.

y la obediencia al jefe era cosa frecuente, sobre todo en el caso de los que ocupaban posiciones de importancia. Un ejemplo típico es el acaecido a Tokugawa Ieiasu, el futuro señor de todo Japón, cuando por orden de Oda Nobunaga tiene que intimar a su primogénito Nobuyasu que se quite la vida.

Y todavía podemos considerar el problema desde otro punto de vista: Esa siembra del cristianismo en Japón ocasiona la misma clase de sufrimiento a sus sembradores. En el contacto de dos culturas, no se da un influjo unilateral, sino un intercambio. En el misionero su receptividad se manifiesta por la adaptación; y ésta no es sólo la adopción de algunas actitudes externas, sino sobre todo la toma de posiciones mentales. Ante el misionero también se abren caminos nuevos; el entrar por ellos lo coloca en la encrucijada: recibe los tiros del enemigo, también algunos de los de su bando. Limitándonos al caso de Japón tenemos una buena serie de ejemplos: Cosme de Torres es acusado ante el P. General por el Provincial de la India, Melchor Núñez: su adaptación a la vida japonesa es imprudencia, su tolerancia roza con la herejía. Organtino y sus contemporáneos son acusados de innovadores por los misioneros venidos de Manila. Valignano tendrá que defenderse una y otra vez, como lo prueba su *Apología*²¹.

Indudablemente hubo mucho sufrimiento interior con ocasión de la siembra del cristianismo en Japón. ¿Será eso señal de que el organismo reaccionaba para arrojar de sí el cuerpo extraño? ¿O será solamente el resultado inevitable de la acción de la levadura?

Historia apasionante esa del siglo cristiano de Japón. Y no sólo por el derroche de valor, por las interesantes figuras que cruzan su escena, por el amor y el odio que se entrelazan en una serie asombrosa de tragedias. El siglo cristiano es también notable por el enorme esfuerzo cultural que acompañó al trabajo de evangelización. Cada uno de los capítulos insinuados en estas páginas ofrece material abundante de investigación a quien quiera conocer la realidad.

Nagasaki

DIEGO PACHECO

²¹ La *Apología* de Valignano, todavía inédita, puede verse en la Biblioteca de Ajuda, 49-IV-58, f. 1-189v. La carta de Melchor Núñez en MHSJ, Monumenta Indica, vol. IV, p. 10-11; ib. vol. V, p. 744-745.